



—¡Por favor, no me dejéis aquí!
Demasiado tarde. Papá y mamá
me abandonan al pie del faro
del tío Horacio.

Una semana entera. Siete días sin amigos,
sin bicicleta, sin tele, sin nada de nada.
—Venga ya, ¡no pongas esa cara de **besugo!**
—me dice el tío Horacio.
—¡Pero es que aquí no hay nada! —le respondo.
—Igual eres tú el que no ve nada, jovencito.



Y encima se ríe de mí. «Tú sí que tienes cara de **besugo**», pienso para mis adentros.



A la hora de la cena, el tío Horacio me propone
ir a pescar cangrejos.

—¿Ahora?

—No, jovencito. Ahora están durmiendo.
Iremos mañana por la mañana,
y si tenemos suerte te presentaré al viejo Roberto.





—¿Qué viejo Roberto?
Pero el ruido de las olas tapa mi voz.
El tío Horacio me lleva a lo más alto del faro, allá donde
da vueltas la gran luz, y me pregunta:
—¿Qué ves?
Y yo, para molestarle un poco, le respondo:
—¿Por qué?, ¿es que hay algo que ver? —¡Toma ya!